EL INSOMNIO DE LOS VERBOS CANSADOS



Marian Raméntol

EL INSOMNIO DE LOS VERBOS CANSADOS

Marian Raméntol

La Náusea
ediciones

EL INSOMNIO DE LOS VERBOS CANSADOS
Editorial: La Náusea Ediciones
Colección E-Book

Edición electrónica: Junio 2017

La Náusea Ediciones.
https://www.facebook.com/lanauseaediciones
Contacto: lnausea@gmail.com

La Náusea Ediciones
Colección E-Book

EL INSOMNIO DE LOS VERBOS CANSADOS



PRÓLOGO

Que nadie busque la mar en calma en un libro donde la poesía es agua escasamente beata y la interpretación de la paz quieta resulta tan imposible como que el aire se dé la vuelta. Estamos ante un manojito de olor a un mediterráneo tahúr que empieza con evocaciones acampadas en casa y donde el seno de la poeta acuna quizás una herida.

Todo lo demás es salir a la calle, llamar al viento, a unas cuantas chispas de sol, vivir en los compases cantores, abrir puertas e incendiar los adentros, mostrarse tal cual se siente, y construir con esa urdimbre de partos un día sin viáticos donde puede partirnos un rayo, o si hay suerte quizás un beso.

Porque lo que Marian Raméntol ofrece es siempre un pálpito de hermosas perplejidades poéticas y nunca monotonía o ceniza para atardeceres.

Cuando uno acaba de leer “El insomnio de los verbos cansados” tiene ya la confirmación de que no se trataba de una sospecha sino de un nuevo tatuaje, otro remolino en el andar, una lujuriosa tempestad lírica que dejó de ser pichón, el diagnóstico definitivo de que nunca nos equivocamos al proclamar a Marian Raméntol como la mujer múltiple en expresiones que se va sembrando en los ojos de los demás sin la prudencia de quien sabe que tiene en las manos las sales del deseo y no un desierto invernal para corderos con la orfandad del hambre.

En “El insomnio de los verbos cansados” Marian Raméntol saja a Marian Raméntol con un impudor literario de lujo, y aparece la mujer del poemario que transita la vida -como Wirginia Wolff acudió a la muerte llenos los bolsillos de piedras para no arrepentirse- con tres milanos desnudos: el amor, el mar y la muerte.

Los tres se funden, o coinciden, o se convocan, a veces de forma explícita y otras un poco más subterránea, en un solo nombre que de vez en cuando se pronuncia y otras se supone, pero que no deja de estar nunca porque es el hilo conductor del agua del libro.

Un poemario que tiene momentos aparentemente distintos en los que bebe un poco de aire como áreas de descanso para un corredor de fondo que quisiera no parecer obstinado, y que sabe que para recorrer del todo el camino es imprescindible vivir también sus orillas.

Quizás el libro sea un viaje con varias posadas y un solo destino. En él Marian Raméntol se lleva a sí misma, se airea, apacienta sus viveros, saca a la luz en finísimos parlamentos sus torrentes en duermevela, expande su fragancia para que se sepa en los vagabundos, como una cerilla que ilumina un cacho de mujer sucesiva, o prende el fuego de la maga para antepasados recientes a los que amó tanto, o a los sucesores advientos. Aquí no hay una voz de pájaro de la infancia que la reclame, ni miedo a que el estío de mañana huela a nieve. Por eso al caminar, anda.

Y no resulta nada extraño que en las posadas se hable un idioma muy parecido, porque en todos los alumbramientos itinerantes el ayer se parece al mañana y el presente es sólo un espejo.

El libro nunca llega a ser abrupto, pero no hay un solo poema que pudiéramos llamar amable. Y sin embargo no hay otro poemario más enamoradizo, porque se pega a la tierra y al agua, a las cosas y a los sentimientos como un soldado que no grita a sus enemigos para asustarlos, sino a la gente para decir que la vida es así y no como algunos suponen, que quizás escribimos para espantar al silencio, destruir ídolos de hormigas, y recordar tal vez uno solo que fue de verdad.

El libro está escrito con un calor orgánico, no hay en él precarias alegorías, existe un afluencia de variedades expresivas donde no puede habitar una inmóvil simpleza, sino ondulaciones del bozo de un ser entero que estremece. Todo ello está al alcance de muy pocos, pero es necesario para convertir en instantaneidad la memoria.

No sé si resulta aconsejable citar al lector a un microcosmos del libro en uno de sus poemas. Ningún libro -como ningún amor- es excluyente. Pero probablemente si tuviésemos que encerrar su hermosa charladuría y ligarnos a un desposorio adonde llegue la radiación de los demás satélites pero toda la luz se concilie, tal vez el más locuaz sea "Sin otros ojos que los de la muerte".

No resulta prudente pararse porque el libro está lleno de ventanas, de grandes órganos más que de bellos perfiles sin sustancia, podría ser que detrás de cada colina (en el libro no existen valles) haya un dios y nos lo perdamos, o un verso nuevo que jamás será un escombro.

Desde el principio hasta el final el libro tiene una estética de orfebre tupido con avaros cimientos, voces aladas, omniscientes imágenes, ríos altos, galeras decisivas, y seducciones contundentes de la palabra.

Es porque en el libro no hay cucamonas, sino poesía.

Poesía con la plenitud del ansia de pureza, donde un alud de matices convoca a los sentimientos y a las sensaciones desde la exigencia y el rigor en el lenguaje. Tal vez por eso "El insomnio de los verbos cansados" resulte un libro tan humano y tan respirable.

Valentín Martín.

EL ROSTRO SORPRENDIDO DE LOS PECES

Ningún poemario dirá jamás
cuánto amor
pintó el rostro sorprendido de los peces
el día que tu corazón
se vació de agua y de noche.



A mi madre.
Ese ser que ya siempre será de agua.

Y a todas mis muertes
con el ruego de que sepan perdonarme.

EN UN CAPÍTULO DE TERNURA CLANDESTINA

Unos ojos de felpa hacen recuento,
repasan batallas de entrepiernas,
cuentan las veces que secaron un rostro bendito
y lo acunaron despacio, con complicidad cereal,
en un capítulo de ternura clandestina.

Un cuerpo de trapo
puede regalar centímetros de amor,
puede aprender de las cigarras
y acompañar a la tarde en su mudez,
puede mirar por los pespuntes
y descubrirnos sabrosos,
horneados, con las hechuras tranquilas,
puede mirarnos dos veces y adelgazar la tristeza,
meterse en la cama y abrazar nuestros desembarcos,
aterrizar sobre silencios permitidos
que amoratan y pudren cualquier proporción.

Una muñeca con el pelo de luna,
puede venir hoy a perdonarme.

LA NOCHE VOLVERÁ A SER AMABLE EN SU HEMORRAGIA

El agua aprendió a dormirte entre sus brazos.

Una vértebra marina
adorna la tragedia de mis costas.

Un color venenoso
entinta los labios de algas,
con la sal extendida sobre julio
y ese matiz, derramado en el cuello,
atento al zambullido del mundo,
al doble mortal de la lágrima
desde el abdomen
hasta el milagro profundo de tu anchura.

El día que el azul me deseque, la noche
volverá a ser amable en su hemorragia
y podré vendar de nuevo con tu nombre
los acantilados que hoy me abren entera.

CON EL PESO PROHIBIDO Y LOS LABIOS LOCOS

Los muslos de la noche
te hacen sentir extranjero
en cada pira de sintagmas
que marcan la sangría de tu boca
con el peso prohibido y los labios locos.

Detonas la periferia de tu frente
para decirte despacito que has muerto
antes de inscribirte
en la intimidad del minuto regresado,
el que te dio sus ojos
para espiar la palabra hundida en la carne.
.
No hay nombres para desconocerte,
más allá del límite de la voz
que arroja por las nubes
la valentía de tus venas,
mucho más lejos, mucho más allá
del último capítulo.

LA ÚLTIMA PISTA AZUL DE TU ESCONDITE

El mar tiene las manos largas
cuando me orquestra la vida,
la llena de conchas, la pudre cuando
intenta atarme el pecho y subastar
los peligros que me definen orgánica.

Lo veo venir, con toda la exactitud
mojada en los labios,
llovido sobre mí, sobre los restos
de esta orfandad que me llaga,
supurante de instintos yermos,
de ojos como eslabones marítimos
que me encadenan
al último día, a la última
pista azul de tu escondite.

Me deslizo entonces
por todas sus capas de agua, por el tacto suspendido
en la sal del mayor de los desastres.

Abandono el aire, me disuelvo,
y te abrazo nuevamente muerta.

UN POEMA NO SUELE DECIR LA VERDAD DE NADIE

¿De qué sirve remendar un verbo apático
si el poema nos engañará hasta la muerte?

Alto voltaje en una toalla húmeda,
su pulso rítmico
nos marca el paréntesis idóneo entre axiomas
cuando resume el color de los nombres,
la acentuación fónica de los océanos,
o cualquier otra nadería.

Siempre es así,
con la credibilidad hinchada y redonda
sobrevuela todos los paisajes
que huelen a tragedia, todos los suicidios
menores de edad
y cuantas calles sin salida
devore con su marcha fúnebre.

Un poema no suele decir la verdad de nadie,
tan solo hinca sus dientes en el charco,
nos retuerce y proclama a voz en grito
su potestad literaria y nuestra muerte poética.

LA TAQUIGRAFÍA DE LA MUERTE

No acabo de entender la mirada de esta tarde,
el aroma a sandía que huye de los verdes,
ni ese azul con las puntas mordidas por el viento.
Todo está inmóvil, tanto, que la acústica
de las flores es melodía fúnebre para las hadas.

Esta luz aduanera acalla las piedras,
las moscas bailan en el zaguán,
y una muñeca rota
me muestra su pubis huérfano
que refleja tormenta y amenaza
con subir el precio de los relámpagos.

El silencio escucha la discusión de las mareas,
las tumbas lo imitan, encerrando el futuro
entre los dientes, enrojecen las fugas,
los labios se anuncian flojos
mientras la mañana
se vive, apenas, entre líneas.

Esta tarde me golpea,
pone barricadas urgentes
y disimula el difuso amor insensible
que crece entre tirabuzones, escollos,
descampados bisiestos, y ese enigma
que duerme bajo el felpudo,
presto a escalar calendarios, besos delictivos,
y terapias exiliadas de las poeterías.

Me pregunto si será ésta
la taquigrafía de la muerte.

SIN OTROS OJOS QUE LOS DE LA MUERTE

Mi respiración se resigna
a chirriar como el silencio.

Despeinada de terrores y auroras,
asoma su frío
por el crepúsculo de todos los ciclones,
grita desde el contorno de la nuez
mientras recorre la imperfección
viva, intolerante, malhumorada.

Me escondo porque no quiero
navegar por sus confundidas venas,
no quiero saberme
húmeda de noche, de nube,
de sustantivos que subrayan, continuamente,
mi opacidad.

Si el amanecer me nace
estrangulado en la cintura,
no es error mío,
como no lo es el naufragio del mar
sobre la piel henchida de mi madre,
o la insuficiencia bulliciosa
de la luz desnuda bajo su lápida,
ni su nombre desdoblado sobre la respiración.

Quizá si me oculto alrededor de la sangre,
consiga mi rúbrica sin recorrer los túneles
de interrogaciones que perforan la faringe,
sin otros ojos que los de la muerte
que acuna mis aguas,
mora en mis esquinas y se derrama
para perderme sobre la nieve,
sobre los puntos suspensivos
de una vida que me entierra,
tal vez apagada, tal vez subyacente,
pero libre dentro de los huesos,
las humedades
y los anonimatos.

TODO TU NOMBRE EN UN PREÁMBULO

Tu nombre en otra edad, en otro estercolero,
con la muerte
que infecta la impavidez de los párpados
subida a tu cuerpo, y en la boca
el líquido apelmazado de la noche,
la promiscuidad de los gestos
que vuelven a casa sobre los ojos
y ese destierro soñado en habitaciones nuevas,
en nuevos holocaustos invisibles.

Todo tu nombre en un preámbulo.

Así se desarrolla el olvido,
ahonda en la síntesis de tu rostro y se despliega
como la lluvia, mordaz.

LA PAZ SÓLO HABITA EN FOTOGRAMAS DE TRISTEZA

Sangra el amanecer de los ciegos
como lo hacen las lombrices
cuando la política convierte sus lenguas
en un color sordomudo, en tardes transparentes
de crujidos abecedarios.

La paz
sólo habita en fotogramas de tristeza incorregible,
en los trozos de cartón que se suceden
lanzando guiños, párpados y destierros.

Son solo pedazos que gritan sus miserias
por debajo del diafragma,
y echan a correr por las incógnitas,
pasan estirados por el verso de cristal
y nos obligan a imaginar el llanto del alambre,
la pátina de unos ojos resistentes,
o cualquier otro rincón, provincia, o país
por el que quieran descolgarnos.

LOS MUERTOS NOS DESCANSAN

Viniste del oleaje lúcido,
con la luna palpitándote en la frente,
llegaste desde el amanecer calcáreo
con el que inventas la luz,
donde solo existe
tu nombre sobre el mío.

El mar no podrá nunca
comprender tus horizontes salados,
tu abdomen crecido
que empapa el aire y mis mejillas.

Nunca será pronto para el agua,
para llamarte desde el límite del mundo,
sacudir las estrellas y darle forma
al dolor del pétalo,
estructurar el llanto
y dejarlo caer sobre ti para amarte.

El rumor de la noche será dulce
si tu eco avienta el gris de los labios,
será mi cuerpo y no las olas
quien inmortalice
el perfil de la muerte en tus ojos.

Porque tú me enseñaste
que los muertos nos descansan
cuando la vida los empuja
a besarnos la boca y limpiarnos de renuncias,
para que seamos capaces de nadar
bajo el frío de la tierra
cuando ésta nos pese.

LA MUERTE SE SIENTA A CENAR

Mi ronquera
se compone de silogismos de papel
mientras llueve dentro del mar
y la locura se dilata en un buque ahíto
de orillas y epitafios.

La realidad
se agrieta en la contra-sintaxis de mis dedos,
la carne cae destrenzada
sobre mis hijos estériles.

En este mundo neófito
el vacío es un indulto
a la gramática del miedo
en un eterno paréntesis pulmonar.

Cada vez que intento toser,
el semen viola desesperadamente las ventanas
pero mi vientre sigue seco
a pesar del inmenso falo
que le atraviesa el corazón.

El parto es la mayor herida sobre el polvo,
donde la muerte
se sienta a cenar bocas, latidos, versos.

EL OLEAJE DE ESTE COSTILLAR VACÍO

Mis manos de onda corta
no pueden reescribir el horizonte,
ni esa calma chica
que se bebe el pigmento de la locura.
Tampoco esperarte en los ojos
que se esconden tras los postigos
o tras la peca caída de tu espalda.

El dramatismo de mi cuello
no es suficiente
para detener el oleaje de este costillar vacío,
la derrota de tu desnudez innavegable.
Tampoco basta
para defender mi carnalidad
en el centro de tu vientre,
seguir rugosa en el calendario de tus gestos,
en tus nieblas brevemente elegantes
que despiden la noche desde la empuñadura del beso,
en cada habitación sin sombras prójimas,
sin madres-brújula,
en la osadía de cada pedazo de mundo
que llevo a cuestas,
y en las abolladuras de tu imagen,
onduladas tiernamente
sobre el mar de mis alucinaciones.

MI PIEL UNILATERAL COMO SUDARIO

Bajo la ingle, una punzada silábica
roza mi oscuridad y se interrumpe
en un verbo inoportuno.

Toda declamación vierte un tono pútrido,
su hostilidad rompe mis raíces y me intimida
como esa medianoche sin senos suficientes
para ajazminar el polvo que recogen mis brazos.

Huérfana, así, de sombras aromadas
sigo hinchando los proyectiles
y ejecuto las mentiras de mis sueños.

Declino amapolas,
articulo las ramas de las vocales,
adjetivo el distrito de mi voz, y sólo encuentro
un arrecife en el vientre
y mi piel unilateral como sudario.

ESA BOCA TAN DELGADA QUE AÚN SUJETA TU SONRISA

Desde el centro,
la tumba te mantiene muerta.

El cementerio quiere desdibujar
el labio de tu sangre escrita,
que no sordea ante un rictus desbordado,
ante la costra de un roce o su gruñido.

La tumba te mantiene muerta,
aferrada a tus manos tristes y a esa boca
tan delgada que aún sujeta tu sonrisa.

Se va abriendo la noche
para recoger mi pesada lluvia,
mi corazón mordido y los pocos
paraísos que me quedan.

Yo me dejo, desde el centro.

CON LA LECHE DE ICEBERG Y LOS BESOS DE CIANURO

Encogida pero grumosa,
así la mañana con su génesis roto.
Extremidades en cinta y prontas
a fruncir el césped, a limar el legado de la noche
que nos oxida la carne.

Así los ojos de mis criaturas muertas,
las que yacen en la fosa sin coserse las heridas,
con el primer nacimiento demasiado desnudo
y un dolor grave de líquido anónimo
que sigue oliendo a tempestad.

Así mis manos-madre,
con la leche de iceberg y los besos de cianuro.
Inhábiles burbujas cáusticas
que cornean tinta sobre vejigas de celuloide
en un intento pueril
de alimentar con papilla a todo lo perdido.

Así yo
acalambrada y tartamuda
boqueo la resina de un corazón vendado.

UNA DESPEDIDA EN LAS PESTAÑAS

He abandonado mi nombre más rentable.
He abierto la habitación de aceite
donde mis hijos sorben plegarias,
azulejos reciclados, nombres sin armadura
y se abrazan al residuo de la vigilia
para evacuar las palabras olorosas,
y los panes de sol y lluvia.

Yo les enseño
que en el interior de mis ciudades,
el pezón hace malabarismos
sobre la enfermedad de un desnudo, sobre los labios
flacuchos del viento, sobre la humillación amplificada
de mis manos, y que, de vez en cuando,
consigue imitar la saliva del otoño,
el idioma del muro, la arteria lanzada sobre el mar,
una despedida en las pestañas,
o la altura exacta donde el destierro
tiene el mismo grupo sanguíneo que mi horizonte.

El problema vendrá
cuando aprendan demasiado y me conviertan
en círculo herido, en urna de sal, en el lienzo
menstruado sobre el vientre,
y me dejen
definitiva y oxidada
sobre una tarde inédita.

LAS BALAS, LOS NIÑOS Y LOS MUÑECOS DE NIEVE

Los ojos no dejan escapar el miedo,
lo arrinconan en la soledad de una caricia
mientras bañan de palabras el océano.

Puede que la mirada siempre haya sido precoz
y ese conjunto de sílabas en remojo,
no sean más
que gritos disimulando la espuma en la batalla.

Será la cicatriz quien cave jóvenes cunetas,
quien construya muros de papel,
misiles como heces de consonantes rancias
que ya lo han manchado todo,
mientras sus vocales
sumisas, esperan detrás del frío,
a esa ciudad que acuda a rescatarlas.

Mi casa duerme intranquila
desde que oye los zapatos de la derrota,
clavando fuerte sus punteras sobre las balas,
los niños, y los muñecos de nieve.

LA VENGANZA DE LOS PRONOMBRES POSESIVOS

La luz exhuma la madurez oval
de un párpado siniestro
que quiere cerrar los precipicios,
silenciar la arruga de los minerales,
resolver el ajetreo de las hormigas,
curvar la diagonal de las fronteras,
o agarrarse al límite de un poemario,
justo donde el adiós
es siempre un escándalo prematuro.

Esa luz obrera
sube muy tempranamente
por cuellos apátridas,
desolados e incorpóreos,
atornilla la respiración
de todas nuestras sombras
y escupe abreviaturas de carne,
seudónimos exiliados
de un mundo en banca rota.

Ella es el huésped indisoluble
de todos mis secretos,
el asfalto del que brota mi biografía,
la dimensión de mis transparencias, las playas
donde se echa a dormir mi desorden,
la culpable de un par de mofletes
espías de la decepción.

Ella conmuta la pena
a mis sinónimos,
absuelve los riesgos de mi nombre
y me permite ser de nuevo
un esbozo de magulladura,
su feliz escombro, una hermosa
conjunción de dobladillos dóciles,
cicatrices domesticadas que, fusil en mano,
aplican la venganza de los pronombres posesivos
sobre aquellos que ya no aman, ni mienten,
ni se escriben sobre una piel encuadernada.



CRIATURAS ABISALES

Si tú eres quien tira de la cadena
dejaré que la cisterna actúe
y se lleve todas las palabras-hélice
que decoran mi garganta.

enfréntate a mi lengua con la azada lista
para abismar los surcos yermos
y convertir mis magulladuras saladas
en Morse para criaturas abisales.

HAY VERGÜENZAS QUE PARA VIVIR
SOLO TIENEN QUE SODOMIZAR EL TIEMPO

¿Puedes tú tocar el grito?

La piedra deja de sangrar
cuando llueve tarde
sobre todos aquellos que no esperan
lentitud ni presagio, sobre los que nos miran
desde el interior de la lágrima, desde el humo
empalado por los bosques, desde la cintura
de un verso que se ahoga.

Enjambres de ancianos
apedrean a las embarazadas,
para que no hayan más labios líquidos,
más niños horizontales, más esquinas donde morir.

Hay jirones de nube
empeñados en vivir en los cubos de basura,
y hay vergüenzas que sólo tienen
que sodomizar el tiempo y regresar,
victoriosas.

LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON

Llega el sueño y abro el grifo
para dejar correr la acústica de mis pentagramas
en su último intento de brillar de agua,
y me embarazo de blanquísimas palomas,
tan urbanas, tan de alféizar,
que no echo en falta el beso de las nubes.

Luego caigo en el mar,
he olvidado mi respiración en el humedal,
y toneladas de muerte vienen a cubrirme de breas,
algas y otras dimensiones.

EL CENTRO DE TODAS MIS CENIZAS

Como una fuga irreparable, desde la fotografía,
me abraza la turbación de esos ojos indigentes,
abolidos por el tiempo que te hizo verdad ilesa,
materia gravemente húmeda, beso dolorido,
caricia apretada al pronunciarte.

Caes entre mis brazos, acabada,
completa sobre mi pecho,
una y otra vez,
con el sonido del dolor de tus verdes altos
derramando la tristeza.

Vuelves,
lunar y llena de orillas,
a beberme despacio, a recitarme la luz de tus pétalos,
las aberturas de cal de tu nuca,
enumeras mis márgenes,
interceptas las dudas morfológicas
que laten sobre tus fronteras,
sobre esos horizontes detenidos
que ahora nos separan, y te quedas a mi lado
encadenada al miedo que agujerea el pómulo de la tarde,
con las manos ofrecidas a mi palabra terminal
que te lleva,
profética,
al centro de todas mis cenizas.

EL LUTO DE MIS DÍAS RECIÉN REGADOS

El dolor silba por todas mis horizontalidades,
escapa desnudo de pájaros y melodías,
se agranda por la lentitud de mis huesos,
enciende su hermosura
infectada de crepúsculos y mece mi cobardía
en un intento de extraer la pureza
de su acto amoroso.

Pero el cuerpo se resiste,
espía la orfandad atravesada en los labios,
aprisiona el aire en los balcones
y lo retrae hacia el depósito del pecho,
con los pómulos de la tristeza en la boca,
dispuesto a proyectar su nombre traslúcido
lejos del naufragio,
más allá de la latitud del miedo,
listo para reunir a la muerte
que convoca madrugadas y lanzarla
sobre la discordia de los colores, sobre el aceite
diluido de los corazones en conserva
y sobre esta enfermedad de escarchas
que suma apósitos amarillos
al luto de mis días recién regados.

QUÉ OLOR A LEJOS ME LLEGA DESDE EL CENTRO DE LA TARDE

He visto mi esquela en la prensa, pero no me fío
aunque me resulta extraña esta mirada en fuga.
La pasta dental
sigue aferrada a los dientes del espejo
y la baldosa que me dejó lisiada antes de ayer
vuelve a saludarme.

Me abrazo con esmero,
no sea que se asusten mis costillas
y expulsen de una guantada a los pulmones,
con esas cosas no se juega,
que luego le queda a uno el mal sabor de boca
de no ser más que una anécdota poética
dentro de los actos heroicos de la muerte.

Pero qué olor a lejos me llega
desde el centro de la tarde,
qué insólito este mediodía por mis labios,
todos estos arrecifes de carne,
de lamentos, qué amarga esta sequedad
en la faringe y esta mirada,
esta mirada que huye
por los ángulos abiertos de los cristales.

MI CASA ES DE CARNE AGUJEREADA

A Sarco Lange

Ella murió tu muerte.
José Luís Hidalgo

La gana és un silenci estrany
Cesc Fortuny i Fabré

El hambre es un silencio extraño
donde las aceras se ensanchan
para que quepan más muertos.
Deambulamos escupiendo fríos
sobre violines exangües
que nos hacen avenida, autómatas de talco
sobrevolando los golpes y el alquitrán.

Mi casa es de carne agujereada y está hueca,
sólo la luz insomne se suicida en los palcos,
me busca para abrirme una fosa, y yo
tengo el torso escondido detrás del sillón
por si alguien lo enhebra
antes del próximo holocausto.

Amanece de nuevo
y el miedo sigue en los bolsillos.

EL DÍA, A VECES , NO SABE CUANDO RETIRARSE

Otro perro entre un montón de perros,
eso me decía W. C. Williams hace apenas un minuto,
cruzando la vida
por un atlas inexistente en los pómulos del mapa
que llevamos en cada mano.

El día, a veces, no sabe cuando retirarse,
cómo morir sin vomitar a un hombre,
demonio o dios a voluntad,
en esta autopista de peces yodados
donde se estrangulan las sirenas
y siempre hay un niño dispuesto
a ser nuestra más fiel calcomanía.

Pasar por encima de nuestras miserias
borrachas de celuloide, no ha sido nunca fácil,
hay demasiados trocitos de papel con forma humana.

DÉJAME FLOTANDO POR LA HUÍDA UNA VEZ MÁS

Si no quieres que vea el brote azul
abierto sobre tu vientre,
deshabítame de palabras,
que no me llegue
el rumor escrito de tu cuerpo.

Deshiláchame el semblante, que caigan las sienes
por mis exclusas, que se precipiten
sobre la soledad de los botines
que se quedaron pequeños.

Niégame los ojos y no me nombres nunca,
desbautiza mis noches,
barre todos los arrecifes cansados de la arena
que me crece por dentro.

Desconstrúyeme despacio
y déjame flotando por la huída
una vez más,
átame a la nostalgia salobre del lagrimal,
antes de que todo acabe, antes de que no sea más
que un reflejo abrazado a la verdad del agua,
al perfil de unos labios
transparentes como una idea,
como una sombra,
como tú
cuando te sueño cosida a las olas,
inerte sobre julio, lacia, húmeda
y gravemente adherida a mis entrañas.

TUMBAS PARA FLORES PINTADAS

Si pudiera volvería a destruir tu lunar,
esa peca de agua sobre el pecho.

Pero no puedo convertirme
en ladrón de marionetas,
aunque en el gueto de mis ojos
haya tumbas para flores pintadas,
una casa de muñecos con parches en las sienes,
y un montón de mariposas
con los colores abiertos
mordiendo la inocencia que nos queda.

Al Mediterráneo le bastó
con una sola declaración
como toxina afilada y fuiste liquen hereje,
rompecabezas irresoluble en mi garganta,
orquesta de humedades
que me mueren lentamente
y me dejan escrita sobre un azul inadmisible.

LA CENIZA ENCERRADA EN MIS OJOS

Los peces nadan a plomo
al otro lado de la noche,
como un sol terrible
que quisiera quemar las palabras
veneno abajo, poema abajo,
morder los pasos de la estrofa
para engullir con furia su felicidad letal.

A la página le pesa el vientre
mientras diseña la tarde,
con la piel rota
se balancea sobre los sueños
que navegan sangre arriba, libro arriba,
para arañar el desnudo de los relojes,
la pobreza de su instante,
suspender el futuro encharcado en las estatuas,
el sudor de las mariposas, su vuelo muerto,
y asumir, de paso, el zumo de la herida.

Todo parece estar cansado de vocales,
de labios costosos
que sobrevuelan los nombres
posados ante mi fotograma
y bailan sobre la ceniza encerrada en mis ojos.

JUNTO A LAS PALABRAS ABRAZADAS AL FRÍO

Ese instante que me mira de frente
vomita la sombra adoptada por mis venas,
se desliza en el intestino de cada curva,
haciendo de su viaje una muerte distinta,
un sudor acurrucado
en las alas de las nubes, una calle aún viva
sentada sobre mi desierto.

Me señala llena de agua,
llena de verdades diminutas,
y suspira ante esa infancia con poco uso,
la misma que coloqué en el jarrón
junto a las palabras abrazadas al frío.

Ese instante tirita cuando huele mi locura,
delirante de féretros labiales
que mastican mis siglos
y con esa sed abierta
siempre clavada en la boca del estómago.

ASÍ, COMPLETAMENTE CRUDA

Dejaré que los perros me coman,
que los gritos calientes de los carburadores
desnuden esta sequedad.

La boca en llamas, como el poema
que me dedico cuando mis dientes
inventan la lluvia, tan horizontal
como la garganta amanecida del cielo,
sin flores astutas
ni plegarias sonoras, sin invitados
demasiado grandes en noches prietas, sin niebla
en los pulmones, ni buques emproando el olvido.

Así, completamente cruda,
encenderé el agua, invocaré las cosas cerradas,
los pétalos que llegan temprano al cementerio,
el último gesto animal del aire,
toda la pequeñez de la respiración de un muro
que hace tanto
liberó sus piedras, sus andares y su memoria.

LAS HOGUERAS QUE ACUNAN MI FUSELAJE

Tu silencio desordenado
es el claxon que rescata mi memoria
y me devuelve a una música anieblada
o a esos acordes casi quietos
que reconocen mis sombras más feas
y que encalan mis pozos,
mis patios y mis clandestinidades.

Tu mutismo cauto
comprende
toda suerte de playas de alquitrán,
los besos despintados,
las hogueras que acunan mi fuselaje
y todo cuanto desloa mi nombre
a este lado del mar.

Si no fuera por el chamanismo de tus ojos,
mis trenes serían prófugos
en un cuerpo fronterizo
sin colores, ni barcas, ni islas
donde verter el azul más ancho
y sin queja alguna.

NADA ES SUFICIENTE Y TODO ES EXCESIVO

Y yo sigo en el zaguán de mis edades,
abrazada a la brea
que negocia con las sombras
el nuevo impuesto fluvial, el mecenazgo
de la aurora que no cabe en la ventana
y esa hendedura en el vientre
por donde escapa
la vida que nos queda, a suspiros,
a bocados, a estertores de luz y su sonido.

Dudo si dejar la cancela abierta al desencanto
o echarle el cerrojo a la policromía de las vocales
arañando la piel de las naranjas
y a esas bocas ingenuas que respiran, lentamente,
el eco de los nombres.

Nada importa
porque nada tiene un valor absoluto.

Mis huesos no me pertenecen,
como no son mías las tejas
que he apilado con los años
para subirme a la garganta del sol,
nada es suficiente y todo es excesivo,
hasta la tinta que derramo cada día
en mis arrugadas camisas de papel.

DIFUNTA EN PARALELO

Ladeas la cabeza
en el corredor de mi muerte,
y tu milagro natural me bautiza
dejándome sin sombra, difunta en paralelo.

Mis rompientes vigilan el funeral azul
por si tu blanda huella me responde,
y ciega mi doble respiración
siéndome ya imposible
devolverte a lo muerto.

Vivirte a este lado del mar, me acanala,
duplica el naufragio de mis besos,
pero prefiero esta aventura negra
a recorrer a lo largo
el dolor que me patrulla.

EL ECO NO TIENE PLAZA EN ESTE MAPA FURIOSO

Un pétalo suicida acaricia la luz,
baja la escalera de los terremotos
para dormir sobre un muro, para abrirle
el vientre al deseo y colocar la locura
en el punto de mira de los puentes.
Mis ojos siguen el vuelo de su sangre,
su aventura infantil hacia el beso frío
de ese color apuñalado
por todos los que mueren sobre la esperanza.

El trayecto es corto, demasiado corto
para una caída perfecta en la oscuridad,
el eco no tiene sitio en este mapa furioso,
tan sólo queda el atroz desnudo de las bocas,
cabezas hermosamente mutiladas
y el rostro de un poema sin perfume
que me habla rompiéndose
sobre un sabor amargo y se mata lejos,
en el exilio de los nombres fusilados.

LOS MURCIÉLAGOS INCRUSTADOS EN EL PECHO DE SUS PLAYAS

Una esponja empapada
borra el rostro de los difuntos.

Pero no es suficiente,
nunca es suficiente para la soledad
de los cadáveres que asean sus muñones
en lavabos extranjeros, se peinan
los bolsillos en busca de una carta
que haga real su estatura,
su piel de muelle y despedida,
sus labios como canoas
que nunca fueron libres frente al mar.

Tampoco les basta el aliento unisex
de una trinchera en forma de corazón,
ni los murciélagos incrustados
en el pecho de sus playas, ni las patrias malheridas
que aprendieron en los libros, ni los países muertos
de Zurita que manchan ahora el horizonte,
esa última horizontalidad posible
que guardan en los ojos sus rameras.

En la cicatriz del barro,
se doblan los huérfanos del aire.

POR SI TE VEO VOLVER SOBRE LAS COSAS

Una fiebre nueva
es la munición necesaria
para tatuar el agua de tus ojos,
perdidos en el duelo de las olas
que laten entre mis dos pechos,
y que parte en gajos
los minutos de mi noche.

Tu tacto suspendido en mi mejilla,
con el color de la tragedia saliéndote del cuerpo,
desatadas las manos que conozco,
haciendo encajes con la memoria de los días
que cuelgan de la pared y se derraman,
abandonados sin tu sombra,
escabrosos sin las alas que inventaste
para volar con el silencio.

Me tienes clavada sobre el mar,
arterial y súbita,
salada y expectante,
por si te veo volver sobre las cosas
y me da tiempo a descolgarte de la muerte
con la urgencia de todas las espumas.

EL PEOR CRIMEN DE CUANTOS PUEDAN COMETERSE

El peor accidente de cuántos podamos imaginar es el de un libro atropellado.

Con letras puntiagudas perforando el intestino de sus bordes, un trasatlántico que escora a pie de página sin entender la dificultad respiratoria de los arrecifes, o el color macilento de las páginas pares,
el vuelo terminal del aguilucho que sostiene en el pico acentos con sombrero.

Nada más cruel que una nube encapuchada lloviendo textos en desorden, un traficante de verdades con el brazo roto, un puzzle de bicicletas bajando sin freno por el lomo cuarteado de las palabras, sorteando colinas de paréntesis esquizofrénicos, paisajes sanguíneos que pronuncian su última plegaria, tan tuerta, tan superflua, como el resto de despojos que yacen sobre el asfalto.

El peor crimen de cuántos puedan cometerse es acudir al entierro de un libro, con la mirada ciega y sin un réquiem de celuloide en el bolsillo.

LA SONRISA LÍQUIDA QUE ME ATRAVIESA LA CINTURA

Tengo un monstruo de agua
clavado en las encías, por eso mis ojos
se licuan cuando flotas sobre la sal de mis paredes
y tus labios saben a cerrado,
por eso me doblo sobre mi estribillo,
con la esperanza de amarillearme un poco antes,
correr lejos del azul último,
esconderme en el centro de la lluvia,
y contar en voz baja las vértebras de los colores
que se acuerdan de ti y te repiten.

Sigue siendo líquida la goma de borrar
que uso para salir de julio,
como un prólogo de madera
que esperase la venida de tu playa
para chapotear amanecido, para investigar
el invierno sectario de mi vientre
y colocar mi corazón sobre tu pelo triste,
afinar el limbo, retocar la herida de tu doble muerte
y subrayarme sobre el desastre de tus vísceras,
sobre el humo de tu cuerpo roto.

Y tú sigues hundida en los fragmentos,
en la espuma acostada, en mis charcos navegables,
en el vértigo del lagrimal , y en este deseo
inexplicable de volver al rigor del mar
y ser pez improvisado,
colchón donde heredar el llanto,
puño, lápida o transparencia,
la pista de aterrizaje
para que vuelvas a hablarme de humedades al oído.

ALLÍ ABAJO HUELE MÁS A SANGRE

Las moscas son pizcas furiosas de vida
Charles Bukowski

Entre mechones de estrofas
se hace viejo mi personaje.
Uno cualquiera, marginal por vocación.

Con la lágrima desenfundada
apunta al infierno mientras descuelga los diablos
de más allá del cristal,
con el fusil atiborrado de nubes,
y un amor tullido haciendo cola
en la quinta sombra de mi muerte, en la quinta muerte
de una sombra, una cualquiera, marginal por vocación.

Y así se aguja mi persona,
que ya ha perdido una sílaba mientras se dirige al matadero
con un montón de letras en negrita
subrayando la entrepierna.

Y lo noto.
Allí abajo huele más a sangre, porque ahora,
la estrofa sabe contar,
y no se le escapa la mediocridad
de mi argumento, ni los alaridos
que rezuman por pletóricas grietas,
ni los naufragios imberbes y borrachos
que tanto me saben amar.

UNA TRAMPA PARA CUCARACHAS TRAFICANTES DE ROCÍO

Una bayeta soleada para quitarle el polvo al orgullo,
unas cuantas secreciones en las esquinas flojas
para que brille el desorden de mis ojos,
que ahora está tan planchado, que hasta le nacen
ramitas de eucalipto en los ojales.

Las arrugas colgadas de la percha,
para que no deformen más la cintura
y acaben preñadas de mejillas y cuellos acorchados.

El insomnio en los bajos fondos del baúl,
junto al dolor de las ruinas
y los bosques que se querellan con la humedad.

El aliento en el estante más zurdo,
donde guardo los besos de mi madre,
las noches nómadas,
y una familia de cucarachas traficantes de rocío.

El temporal me ronca en la nuca mientras
pongo en orden los bostezos
y cuelgo en el guardarropa mis próximos pasos,
los tatuajes del mar, y alguna que otra nube
perseguida por el olvido.

Y ahora que todo está donde debe estar,
dejadme quieta
sobre el dulce anonimato de mi infierno.

ABULTADO Y REPLETO DE FLUIDOS

A Marlen Denís

Buscas la lluvia estéril de mis ojos
en el almacén de este cielo cuarteado,
o en la saliva del cerebro
donde las nubes
estrenan un lápiz labial para besarme.

El azul te arde en la nuca y esperas
a que la muerte lo llene de paja
para poder recordar el oleaje del mundo
y llenar de polvo la boca de los nichos.

Sigues buscando la sangre en tu fusil,
la pólvora salífera con la que conjugar los huesos.
Regresas de la memoria de tu padre,
abultado y repleto de fluidos
que me entregarás como en un temporal
porque sabes que no hay vida
en las extremidades de tus barricadas.

Necesitas mis lunas seminales,
mi lengua de ciudad recién nacida, los balbuceos
de estos chupetones locos, de estos besos con truco,
para propulsar tu esquelética sombra
hasta el crepúsculo del pezón.

Lo sabes
y buscas la leche
que te permita entrar en el invierno
y la humedad que pronostica la cúpula inalcanzada
de la más eterna de las noches.

POR LAS COSTAS LÍRICAS DE MIS ESCALOFRÍOS

Mi cuerpo pregunta tu apodo,
busca los meñiques del aire
con los que articular el desnudo
de la deserción de las hojas.

Hace falta un día muy ancho
para amanecer completa,
desarmada de muros y raíces,
y sentarme sobre el pálpito de los siglos,
para escucharte recitar mis hombros,
mi cintura dolorosa, el eco de las deformidades
que me hacen paloma,
herida dulce, sueño táctil.

Para oírte, crecería desecando
los charcos donde abrevo los ojos,
resumiría mi pecho bajo el agua,
incrustaría pedazos de sol en mis palabras fijas,
haría que bailasen, abstractas,
por el filo de los versos que abren los poemas
y los infectan de flores,
albas y meridianos.

Y cuando vinieras a golpear mi vientre opaco
me levantaría translúcida a besar tus promesas,
para dejarte en reposo sobre los pétalos,
sobre el perfume vivo de mis cicatrices,
y me rendiría mojada a ese humo,
que va anunciándome despacio
por las costas líricas de mis escalofríos.

MI INFINITO FINAL

a Cesc Fortuny

Túmbate en mis ojos,
aparta la sangre de colores,
salta de una edad a otra
y acarícíame con ese lenguaje atonal
que presencia el linchamiento de mis besos
y atropella mi urgencia detenida
entre paréntesis y tiempo roto.

Como albañil en esta ciudad encorvada
que llevo en la cintura, con sus muros tentaculares
y con todas las nubes en la garganta,
haces de la voz, entierro seco, y de la luz,
gatillo perfumado.

Eres ya mi incalculable futuro,
pero yo quiero que seas
mi infinito final.

PASA EL VIENTO, EL AZUL CALLA Y LA JAULA SE ABRE EN LOS LABIOS

La noche ladra,
repta por este cielo amarrado al sol,
los ladrillos esperan,
espera la tarde, la locura de las amapolas
y este ventanal taciturno
que resume la erección de la oscuridad.

Al final todo concluye
menos los gritos luminosos,
la pugna del agua, el llanto del beso, la gnosis
de una estrella vacía, la acústica de los siglos
que viven detrás de mi musculatura,
todo, todo se aquieta para dejarme abrazada
a la frase que nunca me reconocerá,
mientras mi pelo tirita
y pasa el viento, el azul calla, y la jaula
se abre en los labios
para desnudar al monstruo roído,
que sigue gesticulando en el espejo
mientras esculpe miles de nichos
donde enterrar los amaneceres.

EN CADA RINCÓN LUMINOSO DE ESTE INFIERNO

He abierto la boca hasta morir
sobre un paisaje hervido,
derretida en los colores, he contagiado al mundo
y ahora debo cerrarme
para no derramar la tristeza.

Mi corazón no es más que un amanecer
informe que delira,
un esqueje de brazos neutros
bailando con la tarde,
porque he sembrado noches quemadas
con grafías labiales que sabían volar,
he verticalizado el cielo para aumentar
la agilidad de la soltura,
y ahora debo huir para que no detonen
los manantiales, para que el papel asuma
el azul esbelto de la tinta, los pliegues del agua
recogida en cada estrofa,
en cada rincón luminoso de este infierno.

EL POEMA TIBIO HUELE A JULIO Y A OLEAJE

Una ciudad emproa
el infinito invierno de los labios
y decapita el agua sobre el papel.
Se derrama mi cabeza
con el volumen del mundo en las entrañas
y algunas pesadillas de esparto por trenzar.

Me duele la primavera,
el prodigio que acontece
cuando calla sobre mi abdomen
y se duerme poco a poco la casa,
dejando la voz satisfecha en el silencio.

Hay habitaciones en mis pulgares
que nunca podré cerrar,
exilios donde mis nubes anidan
más allá del aire, más al fondo
de la cavidad de un abrazo,
como un destierro dormido
que precisase de mis nombres
para incendiar la tragedia
de los océanos inhabitables.

Hay algunos rincones
de alfabeto desconocido
donde la derrota sabe a verano,
y el poema tibio
huele a julio y a oleaje.

En esos paréntesis
es el espanto quien me salva de la urgencia
de cerrar los ojos y olvidarme.

LA AUTORÍA CENICIENTA DE TU ÚLTIMA MIRADA

He venido para erosionar tu ausencia,
vertebrar el ruido del agua en tus pulmones
y convertirlo
en un réquiem bellísimo
para todos mis pedazos.

Vine a ordenar
la geometría de tu estómago
en memoria de ese azul
con el que pintaste tu nombre
sobre el lomo de los peces.
A borrar de mis párpados
la contradicción de lo muerto,
vine a ser la mesa camilla de tus tirabuzones,
el páramo doloroso donde bruñirnos la piel
y dejar dormidas las madrugadas.

He venido a por ti mojada de autismos,
de versos revueltos en los muelles
esperando aquietar el alba,
trastabillando con mis bordes
que reclaman tu reposo,
tu declive,
la autoría cenicienta de tu última mirada.

ABULTADA Y CHORREANTE SOBRE UN TIEMPO DETENIDO

Un incendio entre las sienes,
un oasis navegado por extraños invasores
que estrenan la tristeza
cuando emproan la sombra,
silenciosos como este mar encogido
que permanece quieto
en la boca de mi estómago.

Y por más vidas que retenga en el alféizar,
por más que ordene la mirada y limpie el miedo,
tu cuerpo sigue recogido sobre las playas,
en el desierto de mis manos,
escondiendo solo para mí la belleza
narcotizada de tu espejismo.

Nunca voy sin ti a pensar en las palabras,
a medir la estatura del dolor
que te pronunciará al atardecer,
cuando se vaya apagando el mundo y el aire
empuñe las copas inmaduras de los corazones.

Nunca voy sin ti a enguantar
la llaga azul que me sostiene,
a sublimar la elegancia de la huída
que muere bajo el agua
y me deja abultada y chorreante
sobre un tiempo detenido.

Nunca voy sin ti a ninguna parte,
aunque otros digan
que el iris se me está volviendo arena
y cuando lloro, se crece el mar horrorizado.

TODO CUANTO EMBRAGA EN MI NOMBRE

El genoma de mis verbos suda y huele a grillos,
sin dientes, pero sin un solo paso suicida,
pide tristezas a domicilio y un amor underground
aprovecha para entrevistarlo
en una habitación de pequeña tirada
y publicar sus delgados besos en los dominicales.

Pero al conjugarme, el acopio de cromosomas
se horizontaliza y mi peso
sin drama, sin bicarbonato y sin estómago,
-cada vez más hermético-
le gruñe a mi silueta manipulada, esquelética,
como un borrador de ataúd a mi altura.

Así que poco interés tendrá para el mundo
la información genética
de mis estrofas de segunda mano,
ni la fase terminal del carburador
que pone en marcha una sola palabra,
si todo cuanto embraga en mi nombre
depende de la hermosa aceleración del peligro
y el desahucio inminente del freno
en la periferia uterina del poema.

EL INFINITO QUE LLEVAS ABRAZADO

El cielo vuelve a mí
con el corazón dando tumbos,
los edificios despiertan
con heridas en la frente
y enumeran, a sus pies,
los cráneos rotos de los árboles.

Disfrazada de animal,
paseo los colmillos por el invierno
y me cercioro
de que no hay mayor tragedia
que abrir los ojos y verte añil
cuando boquean los peces y me borran.

Nado por tu muerte, busco la aventura
de repetirte, ingrávida como el infinito
que llevas abrazado,
sonriendo a los minutos que te sobran
para decirme que aún eres necesaria.

Salgo de tus mejillas
envuelta en colores caídos,
húmeda de dolor, y no soporto más
el aroma imposible de tu pelo, la elegancia
salvaje de esta ausencia que me rinde
y me descuelga, otra vez, por tu milagro.

ENTRE EL HORIZONTE Y LA TORMENTA

Remólcame fuera de este crespúsculo
donde alguien sueña aún conmigo.
Porque sigo rota por el talle
y tan dilatada desde el vientre
que me es imposible evitar la crucifixión
entre el horizonte y la tormenta.

Alguien pronuncia el liquen de mi sombra
sobre un infinito acantilado
que habla con la boca llena
y escupe a dios en cada muerte.

Si al menos me dejaran sobre el trapecio,
haría malabares
con las maletas inválidas y los verbos hervidos,
porque el desagüe es ancho, y por sus arterias
caben muchos miedos, muchas diferencias cromáticas,
mucha mierda.

Pero no,
ese alguien me pronuncia solamente a su modo,
con su lástima lactando borradores inánimes
repletos de esporas, mientras febrero
se me cuela en las entrañas
y diluye esos humores difíciles
que pintan mis torbellinos.

Y allí sigo, entre horizontes.

PARA QUE ALGUIEN NOS PERDONE LA VIDA

El asedio de la lengua
puede ser letal, el oficio poético muerde
y mata los caminos seguros,
porque en la alfarería de las palabras
es el sudor quien imprime la estrofa
sobre un cielo de celuloide.

Se nos escribe, se nos confiesa y se nos calla,
y todo en un verso venenoso
que nos da la muerte y nos resucita en los cristales,
nos cuaja con un acento maduro,
donde los símbolos
miran asustados la realidad que les trasciende,
y alcanzan el éxtasis
con un nuevo volumen de métrica incomprensible.

El asesinato es ahora húmedo
y cómplice de los resplandores
que hacen de la herida
un nuevo nacimiento,
y se nos rompe al leernos
porque el poema se descubre vibrante,
más allá de las trampas,
en el altísimo voltaje que implica
la emoción con la que se mira
desde el infierno.

La fragilidad de las manos
nos invita a odiar cuando,
enrollada la existencia sobre el vientre,
partimos enguantados de endecasílabos
a surcar transparencias
para que alguien nos perdone la vida.

EL NOMBRE BAJITO DE MIS VERDADES AZULES

Mi biografía tartamudea con el mar
y acaba dando demasiadas voces.
Sus armónicos
se llenan de cansancio
y son poso de la península impertérrita
donde cumple condena el corazón.

Ya no hay tiempo que achicar,
todas mis sombras hacen aguas
mientras repiten el nombre bajito
de mis verdades azules,
a brazada limpia, por los meandros
de la soledad desamada, esa que hiere
el lagrimal y revienta la respiración
hecha hematoma.

Nada es ya dosificable,
los silencios incoloros se arriman a la derecha
mientras los nombres de verdad, encañonan la sal
por la izquierda de todos los mapas, de tantas costas,
de todas las esquinas crudas
que nunca conoceré.

Ya no soy. Mi ventana ojerosa me despide.

EL INSOMNIO DE LOS VERBOS CANSADOS

Todas mis deserciones
están domiciliadas en la península de un libro,
más allá de la amabilidad del prólogo
se gestan los nacimientos que sangran los desagües,
arañan las orillas con agrestes infinitos,
torturan los nombres
y abren aún más las heridas, y todo ese esfuerzo
tan sólo sirve para sacar la nariz
fuera de los límites de un poema,
dentro del cuerpo de una caricia menor de edad
y sin permiso para rondar
por los bajos fondos de la estrofa.

El orgullo de los árboles
también lo intenta,
otea las cacerías de léxicos asustados, los sigue
hasta las copas partidas de los márgenes,
los espolvorea con acentos, lanza los puntos
necesarios para que no se pierdan en la culpa,
pero todo es inútil, y parece que la suerte
prefiere la calidez de la almohada
al orden cauto de los renglones.

Y así prosigue esta historia
de manos calvas y corazones insuficientes,
así, vertical como la lágrima,
solitaria como el insomnio de los verbos cansados.

Las palabras manchan, sobre todo las pendientes.

Si dejas una palabra por pronunciar
no habrá acordes bastantes para ser de carne
y serán las corpóreas páginas de un libro
quienes cierren el puño y expectoren en seco
para inhalar la sangre de las cosechas.

Cuidado con las palabras circuncidadas
pueden darte respuestas ennegrecidas
desde antes del dolor. Prudencia
ante el hálito de sus feroces vocales
que pueden abultar la fuga en tus ojos
y adelgazarte.

Las palabras mienten, sobre todo las de Dios.



Índice

Índice

FOTOGRAFÍAS:



La Náusea Ediciones

Colección E-Book

Poesía:

Primaria, Decisiva e Inaprensible
Marian Raméntol

Doce Poetas Italianas para el siglo XXI
Varias autoras
Selección y traducción: Carlos Vitale
Presentación: Giuseppe Napolitano

La Náusea Ediciones

Otras Publicaciones:

Maldiciones del lado de la sombra
Género: Poesía.
Colección Audiolibros- Formato: Audiolibro-objeto.

Julio sigue muerto a pesar de tus pupilas
Género: Poesía
Colección: Plaquettes.

Metáfora, en busca del lenguaje único & El luto de los colores.
Género: Poesía
Colección Video-libros

Ediciones Periódicas:
Revista cultural La Náusea http://lanausea2000.blogspot.com.es

Otros enlaces de interés:

Servicios literarios de La Náusea
https://www.facebook.com/lanauseaediciones

CONTACTO:
lnausea@gmail.com



Marian Raméntol (Barcelona, 1966). Poeta, traductora y directora de la revista cultural La Náusea. Miembro del grupo musical O.D.I con el que ha editado vídeo-libros y diversos álbumes. Ha traducido a poetas contemporáneos italianos al catalán y al castellano. Ha publicado doce poemarios y ha sido incluida en catorce antologías. Ha sido premiada en diversos concursos nacionales e internacionales, y su obra ha sido ampliamente difundida en revistas especializadas donde ha publicado poesía, ensayo y artículos de opinión.

Ha sido traducida al inglés, alemán, italiano, rumano, armenio, portugués, búlgaro y estonio. Su actividad en el ámbito poético le ha llevado a formar parte de festivales, exposiciones, recitales y diferentes actos patrocinados por ayuntamientos, editoriales y otras entidades culturales.

Blog personal: http://www.marianramentol.blogspot.com

La Náusea
ediciones